



# LO QUE NO ESPERAS

*Lo que no esperas encontrar en un tazón de leche*

Clotilde fue siempre una mujer. Ya lo fue incluso cuando era niña, y vivía en casa de unos tíos que nunca la quisieron.

En esa época la hacían trabajar a destajo, sin importar su edad, pero ella nunca protestó porque a ellos debía mucho.

Fernando no siempre fue un hombre. Ni siquiera cuando se casó, quizás precipitadamente cuando aún no había cumplido los veinte años.

Clotilde consiguió salir pronto de la cárcel que era la casa de sus tíos. Y lo hizo gracias a un hombre mayor, vecino de estos, y que se encaprichó con ella.

Sus tíos no dudaron en cambiarla por unas tierras poco fértiles, y su primer marido volvió a encerrarla en una cárcel peor aún. En casa de sus tíos, al menos, no le pegaban a diario.

Por suerte, aunque tuviera que sufrir durante varios años a un hombre sin escrúpulos, pudo acabar con ese matrimonio antes de que ese matrimonio acabara con ella.

Y es que Clotilde nunca tuvo suerte con los hombres. El primer hombre que se cruzó en su vida le robó su inocencia. Ese fue su tío, una fría noche que ella daba de comer a las cabras en el establo.

El segundo – su primer esposo - le destrozó los dientes, alguna costilla y algo más...

El tercero le destrozó el corazón, y algún que otro órgano más físico, y entonces dijo “nunca más”.

A Fernando, su primera mujer le robó a su mejor amigo, y, con él, las esperanzas de volver a amar a otra mujer. Cuando por fin recuperó las esperanzas, su segunda mujer le robó todo el dinero que tenía en el banco.

Y los dos, tanto Fernando como Clotilde, deambularon por el mismo barrio obrero sin apenas conocerse. En realidad no parecían conocer a nadie y pasaban sus días encerrados en casa o en sus lugares de trabajo.

Todos los días se cruzaban en el mercado, en la panadería, e incluso llegaron a compartir ascensor en más de una ocasión.

¡Pero nada...!

Ambos estaban ya tan alejados de eso a lo que llamaban amor que no prestaban atención a nada que no fueran ellos mismos. La sola idea de llegar a enamorarse otra vez les aterraba.

Cuando por fin se conocieron ninguno de los dos tenía ya nada que mostrar, y mucho menos, nada que compartir. Eso les daba la tranquilidad de que tampoco tenían ya nada que perder.

A Clotilde no le quedaba una sola parte de su cuerpo que no estuviera rota ya, y a Fernando no le quedaba un solo euro para compartir. La otra se lo había llevado todo, incluido su pequeño piso.

La justicia no tardó en dictar justicia, y, aparte de quedarse sin mujer, y sin dinero, también le quitaron la casa que aún seguía pagando. A Fernando no le quedó más remedio que irse a la calle porque aún había otra sorpresa guardada para él.

La crisis había borrado su puesto de trabajo, y no le quedaba dinero, ni ganas de vivir.

Pero Fernando, aunque no lo supiera, era un hombre con suerte. Y la suerte, aunque a veces te golpea duro, otras veces te sonrío.

Su primera noche en la calle era fría. Por suerte la lluvia era muy fina y apenas molestaba.

María, que volvía a casa después de una larga jornada de trabajo, pasó junto a él, que estaba durmiendo – o intentándolo - en un banco de su misma calle.

Por suerte para él – y puede que para ella - le pudo reconocer a través de ese extraño gorro de lana, ese abrigo viejo y esa bufanda que cubría casi toda su cara.

Le reconoció por la mirada. Esa mirada ella la había visto ya, pero... ¿dónde?

Mientras caminaba pudo recordarlo. Fue en su última visita al médico, hacía un par de meses.

Ambos estaban en la sala de espera, rodeados de madres con niños traviesos, de ancianos, y hasta de algún que otro borracho, y ambos se saludaron y se sonrieron.

Por más que lo intentaron no pudieron evitar mirarse durante toda la tarde. Había algo en el otro que le llamaba mucho la atención.

Ninguno se dio cuenta pero el rostro que miraban estaba cargado de gestos muy parecidos a los que veían todas las mañanas cuando se miraban en el espejo. Eso les hizo sentir bien, aunque su miedo volviera a dominar su ánimo, y terminaran alejándose sin decirse adiós.

Después de todo él sería como todos, y terminaría pegándole; y ella – pensó él – sería como las demás y terminaría pegándose.

Ella, después de recordar esa tarde del médico, siguió caminando entre la niebla de la fría noche. Quiso decirle algo, pero no pudo.

Al llegar a su portal y sacar las llaves del bolso, volvió a mirarle y pudo ver cómo él también la miraba... y sintió pena. Mucha pena.

Clotilde supuso que terminaría arrepintiéndose, pero no pudo luchar contra algo que estaba dentro de sí.

Ella misma había pasado varias noches a la intemperie, sin ayuda de nadie, bajo la lluvia, y sin nada caliente que llevarse a la boca. ¡Lo que hubiera dado entonces por encontrar a alguien que le ayudara!

Su propio pensamiento le obligó. Se acercó a él tímidamente y, sin pensarlo, le invitó a subir a su casa para tomar un tazón de leche caliente.

Él se extrañó, pero no pudo más que aceptar.

Emocionado la siguió, caminando en silencio, lleno de rabia y vergüenza, hasta entrar en su piso de apenas veinte metros donde, por fin, se sintió mejor.

Fue al cerrar la puerta cuando toda la vergüenza y la humillación desaparecieron, y pudo volver a sentirse hombre... o al menos, persona.

En una sola habitación tenía su cama, su cocina, su saloncito y una pequeña mesa camilla donde se sentaron y taparon mientras bebieron un gran tazón de leche caliente con galletas crujientes.

¡Qué bien le sentó aquel viejo tazón blanco repleto de leche caliente!

Fernando, mientras disfrutaba del momento, y deseando que no terminara nunca, se sorprendió de lo distinta que parecía aquella casa de las demás del barrio.

Jamás había visto tanto orden y limpieza. Todo estaba perfectamente colocado en su sitio, y todo brillaba como si hubiera sido recién lavado.

En cada una de las cuatro paredes de la habitación colgaba un cuadro. Cada uno de un tamaño diferente, pero todos con el mismo contenido: el mar azul.

Siempre en silencio bebieron el tazón de leche, sin apenas mirarse, y ambos disfrutaron de la belleza de compartir algo a lo que no estaban acostumbrados. El silencio no era nada nuevo en sus vidas, pero sí ese silencio en compañía.

Inmersos en la melancolía de ese embriagador ambiente se miraron tímidamente, y ninguno apartó la mirada, ni quiso hacerlo, y se sintieron bien el uno frente al otro, como si no fueran dos desconocidos.

Y comenzó a llover, y Fernando rebuscó en su bolsillo su gorro mientras pensaba en la forma de pedirle una bolsa de plástico para ponerla entre la tela y su cabello.

No hizo falta. Clotilde le invitó a pasar la noche en el sofá.

- ¿De veras? – preguntó él. Ella, antes de responder, ya estaba preparándolo todo.

Toda la noche la pasaron juntos. Ella, despierta en su cama. Él, dormido cómodamente en ese sofá marrón de muelles peligrosos.

Al día siguiente, cuando Clotilde despertó Fernando no estaba ya en el piso. Se sintió bien.

Por eso no miró a ver si faltaba algo, si le había robado el bolso... Ya le daba igual.

Fernando se despertó antes del amanecer, y prefirió marcharse sin hacer ruido.

Todo el día lo pasó buscando trabajo. Sin éxito.

- Lo siento – le decían en todos sitios – la crisis...

- ¿crisis... qué sabréis vosotros de crisis? – se decía él, sonriendo amablemente y guardando silencio, pensando que la palabra crisis podría ser un buen sinónimo de su propia vida.

Clotilde estuvo todo el día trabajando en la vieja conservera donde apenas le pagaban para pagar el alquiler.

Al regresar a casa ya era de noche, y volvía a llover. Clotilde caminaba por las calles del viejo barrio a pasos agigantados, como si tuviera prisa por llegar.

Al cruzar la esquina sus pasos se hicieron lentos y cansinos de nuevo, como su propio estado de ánimo.

Al mirar al banco vio que Fernando no estaba allí esperándola como hubiera querido, y como llevaba imaginando todo el día.

Casi llorando caminó, pateando los charcos de la calle hasta llegar a su puerta.

Abrió la vieja puerta del portal y subió los escalones a oscuras. Un estornudo bajo la escalera le alertó de que no estaba sola, pero no sintió miedo.

- Sube – dijo mientras seguía subiendo las escaleras, sin estar segura de que ese hombre que allí se escondía, fuera Fernando... su Fernando.

¿Quién podría ser si no?

Al quitarse el abrigo mojado y colgarlo junto a la ventana oyó la puerta cerrarse. Ante ella estaba Fernando, con la mirada perdida en la mesa. Intentaba sonreírle, pero no podía.

Juntos, y en silencio, volvieron a tomar un tazón de leche con galletas. Ella, como siempre, lo hacía en silencio, mirando ese mar azul e imaginándose en él.

Esa noche fue la última que Fernando durmió en el sofá.

Después compartieron cama, pero solo eso, aunque costara creerlo. Aun así los dos se sintieron bien... ¡Más que bien!

Se sintieron acompañados... y era la primera vez que la compañía no molestaba. Por eso se sintieron vivos de nuevo.

La siguiente noche le esperó de nuevo en el banco. La siguiente en el portal, y así durante todo un mes, tomando vasos de leche caliente, y acercándose un poco más en esa cama que compartían siempre separados.

En sus ratos juntos nunca hablaron de nada. Tan solo se miraban en silencio, se sonreían... y poco más.

Una noche, mientras bebían del tazón de leche, ella le dijo que amaba el mar.

- Amo el mar – dijo, con los labios manchados de leche mientras se levantaba para llevar el tazón a la pequeña cocina y colocarlo bajo el agua. Haciéndolo se sintió ridícula, y por primera vez deseó que la casa fuera más grande para poder marcharse de su lado.

Él no la hubiera creído si no fuera porque se trataba del mar.

¿Cómo se podía amar algo sin haberlo visto antes? – se preguntó.

Pero fue gracias a esa extraña frase – para ella estúpida – por la que, por fin, hablaron.

Fernando le contaba historias de su infancia, allá en esa ciudad con mar donde nació y donde vivió hasta los ocho años. Le hablaba de su olor, de su color, de su textura... y ella escuchaba emocionada, llegando incluso a llorar.

Del mar era de lo único que hablaban. De nada más... mucho menos de amor, de futuro o de absurdas promesas que ambos sabían que podrían cumplir pero que no confiaban en poder recibir.

Además de compañía, Clotilde le trajo también suerte a Fernando, y al tiempo encontró un trabajo como repartidor de pan.

No ganaba apenas dinero, pero allí estaba cómodo, le trataban bien, y no le faltaba para comer. En poco tiempo el vaso de leche se acompañó de magdalenas, de pan y de los bizcochos que sobraban de la panadería y que él cogía sin que el dueño se enterara.

Fernando se levantaba todos los días a las cuatro de la mañana, y siempre la observaba en su fingido sueño. Ella sabía que él la observaba siempre mientras se vestía, y le gustaba que fuera así... Por eso disimulaba dormir, para no romper una liturgia que le emocionaba y volvía a hacerla sentir mujer.

Cuando él se iba, ella volvía a dormirse, siempre en el lado de la cama de Fernando, acariciando la almohada que toda la noche había estado compartiendo su cara.

Fernando caminaba por las oscuras calles de la ciudad sin pensar en nada, ni siquiera en Clotilde. Él solo pensaba en la suerte que había tenido por fin, y en lo que haría para que nunca se terminara.

¿Y qué era lo que tenía que hacer para que así fuera?... pues nada. No podía hacer nada. De lo contrario echaría todo a perder.

Noche tras noche siguieron tomando su tazón de leche con galletas o magdalenas. Él seguía hablando del mar, y ella escuchaba mirando los cuadros.

Fernando se había quedado ya sin historias que contar de su corta vida en la costa, y no le quedó más remedio que inventar algunas, llegando incluso a inventarse oficios ficticios para él, como el de marinero.

Clotilde sabía que le mentía. Él mismo le había dicho que se fue de la costa con tan solo ocho años, y ya le andaba contando historias de pescador o marinero con casi veinte.

Por primera vez había mentiras que no le dolían... ¡Todo lo contrario!

Y Fernando comenzó a soñar de nuevo por las noches. Y también por el día. Y eso le hizo feliz. Y el motivo para sus continuos y alegres sueños no era sino una vieja motocicleta abandonada que el viejo panadero tenía en su garaje y que no usaba desde hacía años.

Al ver la cara con que la miraba, y sabedor de que lo que le pagaba era bien poco para el trabajo que realizaba, le dijo que si conseguía arreglarla se la regalaría.

Todas las noches, tras el reparto, Fernando se quedaba en el garaje del viejo panadero arreglando la motocicleta, y por ese motivo llegaba a casa muy tarde.

La mayoría del tiempo lo empleaba en lavar bien sus manos de grasa para no manchar las sábanas que esa mujer había tenido a bien de compartir con él.

Clotilde nunca le preguntó nada.

Como siempre, prefirió callar y esperar asomada a la ventana, aunque Fernando no llegara, y tuviera que volver a calentar su tazón de leche una y otra vez.

A veces, Fernando llegaba tan tarde a casa que casi ni tenía tiempo de dormir porque ya tenía que regresar de nuevo a la panadería.

Pero él volvía todas las noches – aunque fueran las tres y media y tuviera que volver a las cuatro.

Siempre encontraba el tazón de leche en la mesa, siempre caliente, junto al de Clotilde, siempre vacío.

Fernando nunca se preguntó cómo hacía Clotilde para que el tazón siempre estuviera caliente. Su propio subconsciente masculino le hacía pensar en cosas de la física, o vete tú a saber, pero nunca en cosas tan sencillas como el amor más sincero. Para él, eso era algo tan difícil de comprender como las propias leyes de la física.

Nunca hubiera podido imaginar que Clotilde se levantara de la cama cada media hora para calentar el tazón, y que así estuviera caliente siempre que él regresaba.

Cuando llegaba a casa de madrugada, se sentaba, bebía el tazón caliente y se acostaba un ratito, olía los aromas de su nuevo hogar, y seguía soñando con esa motocicleta que ya pronto tendría reparada y con la que, por fin, podría viajar bien lejos de allí.

Clotilde, disimulando su sueño, nunca le preguntó el motivo de sus tardanzas. Solo con sentirle allí, o con saber que volvería – aunque fuera tarde – era suficiente para ella.

Un sábado por la mañana Clotilde se despertó, y, de nuevo, llegó hasta ella la desesperación. Fernando no estaba a su lado. Su lado de la cama estaba vacío, sin restos de su olor, y sintió que todo había terminado al fin, tal y como llevaba temiendo ya algún tiempo.

La moto ya estaba arreglada, y el viaje preparado.

Ahora era otra la preocupación que rondaba por allí.

¿Cómo decírselo a Clotilde? ¿No sería mejor no hacerlo y marchar sin más?

Fernando se decidió al fin. Tenía que hacerlo ese mismo día, y llenó el depósito con gasolina del depósito de la panadería. El viaje sería muy largo.

Y allí iba él – por fin un hombre libre que viajaba con su nueva moto. El aire golpeaba su cara y le hacía sentir feliz, aunque no del todo. El miedo seguía allí.

Clotilde, con lágrimas en los ojos, dejó el tazón lleno de leche de Fernando en la nevera y después se asomó a la ventana.

En la calle no había nadie porque era temprano. Unos pocos coches aparcados sobre las aceras, unas motos, y alguna que otra bicicleta, sujetas a las farolas con cadenas.

Al cerrar la ventana y volverse creyó verlo en la puerta.

Sin duda, volvía a soñar – pensó.

Fernando estaba allí, totalmente despeinado, y le sonreía extrañamente.

- ¿Dónde has estado toda la noche? – le preguntó por primera vez

- vístete – le dijo, sin dejar de sonreír

- ¿para qué? – preguntó ella extrañada

- te doy cinco minutos para que estés abajo... Cinco

- pero... - fue lo último que dijo antes de que Fernando saliera por la puerta y la dejara con la palabra en la boca.

Aun así no dudó. Se vistió rápidamente y bajó sin siquiera peinarse. No podía dejar que esos cinco minutos acabaran con el resto de una vida que, por fin, había elegido ella misma.

Al llegar a la calle le vio subido en esa extraña motocicleta que, a pesar de ser muy vieja, brillaba como si fuera nueva.

- ¿Te vienes a dar una vuelta? – le preguntó sonriéndole aún y guiñándole

- ¿dónde? – preguntó ella emocionada

- a un sitio que te gustará. Ya lo verás.

María, sin pensarlo dos veces, le respondió que sí, y durante más de tres horas fue abrazada a él, sintiendo el aire sobre su cara, y obviando todos los miedos que nacían en ella cuando se acercaban a un coche, un camión, o una curva cerrada.

Tan emocionada y feliz estaba que llegó incluso a quedarse dormida sobre la espalda de Fernando mientras se abrazaba a él y el viento mecía sus cabellos.

Mientras dormía – o eso creía ella – pensó en lo feliz que era por poder pasar el resto de sus días con un hombre que – estaba segura – nunca la iba a violar, a pegar, y mucho menos a lastimar su ya maltrecho corazón.

Fernando, mientras conducía, ya podía oler el mar, y pensó también en lo feliz que era por poder pasar el resto de su vida con una mujer que nada quería de él, porque él nada tenía, salvo esa vieja moto.

Cuando se detuvo el ruido del motor Fernando lloró. En cambio Clotilde tuvo miedo de abrir los ojos. Pegada la cara a su espalda, el viento había dejado de golpear en su cara, y pudo oír el sonido de lo que parecían unas olas rompiendo en la orilla.

- Abre los ojos, Clotilde – le dijo Fernando, pronunciando por primera vez su nombre, que le sonó celestial

- ¡el mar! – gritó ella emocionada, notando cómo nada podía hacer para impedir que las lágrimas inundaran sus ojos

- es tuyo – le dijo Fernando, ayudándola a bajar de la moto y observándola en silencio mientras ella caminaba hacia el agua.

A cada paso que daba devolvía su mirada a Fernando, como si tuviera que comprobar que él estaba allí y que no era otro de sus sueños.

Y Fernando le sonreía mientras ella llegó hasta el agua y metió sus pies en él sin importarle que se mojaran sus pantalones.

Clotilde corría por la orilla, y pateaba el agua, chapoteando.

Por fin era una niña pequeña, y, aunque fuera demasiado tarde, eso le hizo sentir bien.

Encendiendo un cigarro, aún sentado en la motocicleta, sobre la que había estado trabajando para poder hacer realidad su sueño – el de ella, le sonrió.

Clotilde jugó con el agua, y se mojó entera. Después caminó hacia él lentamente, completamente empapada, y por fin pudo verla como realmente era... como una mujer.

A Fernando le pareció la mujer más guapa del mundo, y se emocionó.

- ¿Es esto lo que has estado haciendo todas estas noches? – le preguntó, señalando la moto

- sí – contestó él tímidamente mientras ella ya se acercaba y le miraba emocionada

- ¿por mí? – preguntó tímidamente

- y por mí – dijo él, muy serio, mirándola sin miedo alguno.

Y entonces ella, reuniendo unas fuerzas que desconocía, le besó...

Por primera vez.